

CB. 1029748

BC RM F/69

Sobre el le y el desatino

DEDICADO Á

Don Antonio Valbuena

POR

DON JULIAN CUADRA

**Regente de la Escuela práctica en la Normal
de Sevilla**



SEVILLA

**ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE LA JBERIA
GRAVINA, NÚM. 7**

1902

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

Don Antonio de Ovando

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

CHICAGO, ILL. 60637
U.S.A.

Sobre el LE y el DESATINO

Artículos publicados en
LA IBERIA

Sobre el le y el desatino

DEDICADO Á

Don Antonio Valbuena

POR

DON JULIAN CUADRA

**Regente de la Escuela práctica en la Normal
de Sevilla**



SEVILLA

**ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE LA JERJA
GRAVINA, NÚM. 7**

1902

Don Antonio Valbuena

Don Julian Cifra

Don Julian Cifra

Don Julian Cifra



Don Julian Cifra



I

Sobre EL LE y EL DESATINO

Cinco años há que escribió usted otros artículos sobre el mismo tema, circunscribiéndose á la cuestión del *le* en el dativo femenino; ahora se extiende á otros *les* y de todo hablaremos.

Eran en aquella fecha blanco de sus iras la Pardo Bazán y Pérez Galdós; hoy, la Academia y los académicos; una y otra, el ataque despiadado, con ensañamiento y sin razón.

Hacía yo oposiciones á la plaza que en la actualidad desempeño; quise atreverme con usted y aun empecé á recoger y ordenar pruebas; pero lo importante para mí era la otra batalla y hube de renunciar á la que contra sus opiniones pensaba y quería librar.

Hoy veo reproducirse *el desatino*, tengo tiempo, recuerdo hasta el orden que en mi mente había establecido, y allá voy lanza en ristre á defender lo que es tan claro, que ni defensa necesita.

Aun siendo usted un avezado crítico y buen escritor, yo un desconocido y novel en ambas cuestiones, no he de tener en mucho mi seguro triunfo y su completa derrota, porque la cosa *se cae de su peso* y basta colocarla en la balanza dejando que obre por sí misma.

Si un excelente abogado defiende un mal pleito, no será difícil á otro de mediano talento hacer resaltar las pruebas en contra y derrotarle en toda la línea.

Yo no recabo, pues, para mí gloria alguna; únicamente el mérito que pueda resultar del trabajo que he realizado recogiendo y ordenando pruebas para aplastarle á fuerza de tantas y enseñarle á ser más comedido y circunspecto en estos asuntos, cuya lección espero me ha de agradecer.

Nos circunscribimos por ahora al uso del *le* ó el *la* en el complemento indirecto del verbo. Luego nos ocuparemos de los otros *les* que tanto *intrigan* ó preocupan á usted.

Pocas veces estoy yo conforme con las definiciones, clasificación y preceptos gramaticales de la Academia, ó mejor dicho, del señor Tamayo y Baus; pero ésta es una en que acertó quizá *por casualidad* la que ni limpia, ni fija, ni da esplendor.

Las gramáticas deben formarse, no *ex cathedra definiens*, dándoselas el autor de pon-

tífice infalible ó rey absoluto, sino como producto de atenta observación respecto al modo de hablar *en aquel entonces* las gentes cultas del país; y aun escrutando cuidadosamente el habla popular, por más que, á juicio de algunos, el pueblo no sepa hablar bien.

La gramática es un código de leyes para bien decir, que no forma este ni el otro académico ó escritor; debe su origen á la masa ilustrada de la nación; forma con ellas un cuerpo de doctrina quien debería llamarse *coleccionador* de preceptos, para expresar los pensamientos con arreglo al gusto en ese tiempo predominante.

No es, pues, la gramática de ayer igual á la de hoy, ni ésta á la de mañana. Las lenguas cambian y se modifican continuamente. Voces, giros, locuciones que ahora son extranjerismos, más tarde no lo serán por haber adquirido carta de naturaleza en nuestro idioma; lo corriente se volverá anticuado; algo de lo muerto tal vez resucite con la misma ó diferente envoltura; familiarizándonos con los neologismos, dejarán de serlo; estaremos, finalmente, sobre estas y otras cuestiones en constante evolución.

Se dará también el caso de que notables escritores, insignes hablistas, comarcas más ó menos grandes, el vulgo mismo dirá de un modo, al paso que otra serie irá por rumbos opuestos. El gramático deberá admitir unas y otras formas de lenguaje, recomendando la más general.

Supuestos tales preliminares, entremos en materia.

En el *Nuevo Mundo* correspondiente á las dos últimas semanas, he leído un artículo «El le y el desatino». No me parece mal el título; pero voy á probarle que quien desatina es usted mismo, con toda solemnidad.

Traslado por partes el artículo; empiezo por lo esencial, el *le* ó el *la* en el dativo de *ella*, respecto á lo cual usted dice:

«Antes, la Academia dejaba como de libre elección el uso del *la* ó del *le*, peniendo en su Gramática, en la declinación del pronombre, ambas formas:

»*Dativo* (singular), á ó para ella, *la*, *le*.»

»*Dativo* (plural), á ó para ellas, *las*, *les*.»

»Con esta libertad, las personas ilustradas y conocedoras del idioma usaban el *la* en los dativos femeninos por convencimiento de que es lo más racional, ó por seguir la tradición de los buenos escritores castellanos, y la gente menos docta usaba también el *la* por instinto, tratándose de suplir un nombre femenino, sin reparar en que fuera dativo ó acusativo, de lo cual no se seguía daño alguno.

»Pero un día... no un buen día, como dicen los franceses, sino un mal día, la Academia se acordó del segundo término de su presuntuoso lema, *limpia*, FIJA, etc., y quiso cumplirle *fixando* el uso en este punto determinado... y le fijó al revés, naturalmente. Pues en lugar de adoptar el *la* y prohibir el *le*, que para los femeninos es irracional y oca-

»sionado á anfibologías, adoptó el *le* y prohi-
»bió el *la*, suprimiendo en la declinación esta
»forma en singular y plural, y sustituyéndo-
»la con unas llamadas, á las que corresponde
»abajo la siguiente:

»*No faltan* autores de nota que usan en
»dativo las formas *la* y *las*, idénticas á las de
»acusativo. Ejemplo es que no debe imi-
»tarse.

»¿Por qué?—ocurre preguntar en seguida.
»Pero la Academia no contesta, porque no sa-
»be qué contestar, porque no tiene razón nin-
»guna.

»*No faltan autores de nota*, dice.... ¡Claro
»que no faltan! Lo que falta es uno, uno solo
»que no haya usado *la* y *las* en los dos dativos
»femeninos.»

Yo voy á contestarle en el orden siguien-
te: característica de las lenguas y sus conse-
cuencias respecto á la cuestión; opiniones de
los mejores gramáticos; clásicos antiguos y
modernos; habla popular en casi toda Es-
paña.



II

CARÁCTER DE NUESTRA LENGUA

¿Hablan los pueblos cómo quieren? ¿Pueden admitir de alguno imposiciones?

¡Ah! Si respondiéramos á ambas preguntas en sentido afirmativo, sería una insigne torpeza de nuestros tiempos no haber establecido ya la lengua universal. Con saber ésta y la materna, tendríamos bastante para las mil necesidades de la ciencia, la industria, el comercio y los placeres.

Pero no sucede así. La temperatura, vegetación, latitud, forma externa, proximidad al mar, condiciones del suelo, su cultivo, altura de las montañas, el ambiente, en fin, de cada pueblo serán otras tantas determinan-

tes del lenguaje como lo son de las costumbres, creencias é índole de sus habitantes.

Y no sólo en cada país sino en cada región. Compárese en todo esto á Castilla, Aragón, Navarra y Galicia con Andalucía; aquí mismo las provincias de Córdoba, Jaén, Granada y Almería con las de Cádiz, Sevilla, Málaga y Huelva. ¡Qué diferencias tan notables!

El calor da flexibilidad, *souplesse* á los órganos, al paso que, el frío les infunde dureza, dificultad, resistencia al movimiento. Por eso en los climas fríos serán fuertes, duros, claros y enérgicos en su manera de expresarse; como les cuesta trabajo hablar, los hijos de aquella tierra serán sobrios en materia de lenguaje; y como la naturaleza no les presenta el asombroso panorama con que brinda á los países cálidos, su imaginación no será tan rica como en aquéllos y su lenguaje estará más acomodado á la lógica y y á la razón que á la belleza y la sensibilidad. Mejor dicho; ellos encuentran la belleza en la claridad, la concisión y el razonamiento.

Los hijos de climas cálidos han de ser por necesidad más locuaces, apasionados, de imaginación exuberante, amantes de la variedad, cultivadores de la forma mejor que del fondo; hablarán mucho en periodos llenos de armonía y tal vez no dirán nada ó incurrirán en manifiestas contradicciones. Poco les importa; se sienten arrastrados por la be-

lleza externa y eso producen en sus distintas manifestaciones.

En los climas templados irán al compás de las influencias que dejamos apuntadas y nunca podrá aplicarse con más oportunidad el consejo latino *extrema sunt vitanda, in medio consistit virtus*. Los que vivan en ellos han de anhelar la belleza en fondo y forma. La primera, con la claridad y el buen razonamiento; la segunda, buscando todas las galas de lenguaje que sean compatibles con aquélla.

¿Cuáles son, pues, en virtud de esto los caracteres más salientes de la lengua castellana? LA BELLEZA siempre que no se perjudique á la CLARIDAD y con el fin de conseguir ambas aspiraciones, toda la posible LIBERTAD.

¿Está usted conforme con esto? ¿Nó? Pues lo siento por usted. Nunca sabrá gramática quien no estudie la filosofía del lenguaje.

Ahora bien; viniendo á la cuestión, tendremos que la etimología y definición de pronombre nos dicen que fué inventada esta palabra para buscar la belleza, sin perjuicio de la claridad. Tratamos de evitar repeticiones enojosas al oído y aquí empieza á verse también la libertad de nuestro idioma.

Goza, empero, el lenguaje español de mucha más que el francés, inglés, alemán y otras europeas. Su hipérbaton, elipsis, construcción, sílepsis y demás licencias son más abundantes como para responder á la ENERGÍA con que algunas veces queremos expresarnos.

Siempre, pues, que empleamos un pronombre, está en la mente de los interlocutores bien determinado el nombre á que nos referimos, sabemos perfectamente de quien se trata. Lo contrario sería inconcebible.

Si nos encontramos á un amigo y nos pregunta *¿los has visto?*, sin tener antecedente alguno, enseguida tendremos que decirle en el mismo tono *¿á quiénes?* Luego el empleo del pronombre supone en todos los casos sabido el nombre á que se refiere.

No hay por lo tanto en cuanto á la claridad inconveniente alguno en que *le* sirva para ambos géneros en el dativo. Veamos si sucede lo mismo respecto á la armonía y variedad del lenguaje usando *la* por el que siente usted tanta predilección.

Usted sabe muy bien que repugna al genio, al gusto del español, que son defectos de lenguaje bien conocidos el empleo de las mismas voces, sílabas, letras y terminaciones; que la escala de sonoridad de nuestras vocales es *a, o, e, i, u*; que *a* es la más fuerte, y que huimos cuanto es posible de esta clase de sonidos.

Si, admitiendo por un momento los despoticos mandatos de usted, dijéramos *la dí la llave*, hablando de una mujer; si en el pleonismo tan corriente en nuestra lengua, de emplear para mayor energía en la misma oración, el nombre y el pronombre, se dijera *la dije á Petra*, ¿no se llena usted la boca de ayes? ¿No le parece más *souple* más *coulant* *le dí la llave, le dije á Petra?* ¡Parece mentira!

Si eso lo dijera un extranjero, podría pasar; pero un español... ¡Vamos!

Tenemos un *se* reflexivo, recíproco y empleado para evitar concurrencia de pronombres, y éste va más allá; sirve para dativo y acusativo, de ambos géneros. Decimos *se lo dije* (á él ó ella); *mi prima se lava*, *tu hermano se limpia*. ¿Qué inconveniente halla V. en eso? ¿Se falta á la lógica? ¿Se perjudica la claridad?

Ya le probaré que al revés de usted piensan, discurren y obran todos los gramáticos de importancia, casi todos los clásicos antiguos y modernos, la inmensa mayoría de los españoles.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
DEPARTMENT OF CHEMISTRY
JANUARY 1950
TO THE HONORABLE CHAIRMAN
OF THE BOARD OF TRUSTEES
OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO
FROM
THE DEPARTMENT OF CHEMISTRY
SUBJECT: A REPORT ON THE
PROGRESS OF THE RESEARCH
DURING THE YEAR 1949

The Department of Chemistry
has been very fortunate in
having a very successful
year. The research has
been very productive and
the results are very
satisfactory.

The following is a summary
of the work done during
the year. The first part
of the report deals with
the work of the various
groups. The second part
deals with the general
progress of the department.
The third part deals with
the financial statement.



III

CÓMO PIENSAN LOS GRAMÁTICOS ESPAÑOLES

Creo yo que sin darse cuenta ó con verdadero conocimiento de causa, todos los preceptistas admiten como indiscutible que el pueblo es quien forma las leyes gramaticales y ellos no hacen más que consignarlas, verificando ordenamente el trabajo de recopilación.

Otro modo de proceder sería en ellos insigne torpeza, aunque sus preceptos estuvieran inspirados en el raciocinio más concluyente.

Nada más lógico que en todas las lenguas á cada sonido corresponda un solo signo; y donde no hay sonidos, ninguna falta hacen letras, porque es el colmo del absurdo la representación material de lo que no tiene existencia alguna. Pues forme usted una gramática con esa teoría tan racional del

fonetismo, y veré, qué caso hacen de ella los españoles.

Y como las teorías de usted son mucho menos racionales, no se moleste en predicar; muy pocos han de hacerle caso; nadie va por ese derrotero, aunque le llamen *indoctos* los que no andan muy bien de doctrina gramatical; ni aun el mismo pueblo, porque instintivamente tiene sentido común.

Entiendo yo, pues, que todos los gramáticos se atienen de grado ó por fuerza á su papel, á decir cómo se habla en aquella época, y que oír, por lo tanto, sus consejos equivale á saber de qué modo deben expresarse los que pretendan hablar bien.

Y cuando existe unanimidad de pareceres en todo tiempo, como sucede en esta cuestión, bien podemos asegurar, sin conocer el habla del pueblo, ni los clásicos antiguos y modernos, que así hablaron, así hablan y así hablarán los naturales de aquella nación.

Tener trato, pues, con las gramáticas y ver en lo que coinciden con muy raras excepciones, es equivalente á saber las reglas de buen decir en los tiempos á que los preceptos se refieren y holgaba un nuevo estudio.

Acudiré, sin embargo, en otros artículos á la manera de expresarse el pueblo y de hacerlo así mismo hombres tan *indoctos* como Pérez Galdós, Pereda, J. Octavio Picón, Ayala, *Clarín*, Alarcón, Valera, Iriarte, Larra, Echegaray, Castelar, Pí y Margall, Zorrilla, Benot y otros muchos en nuestros

dias; Quevedo, Cervantes, Calderón, Garcilaso, Caro, Rioja y demás *ignorantes*, en tiempos que para los amantes de las letras siempre deben considerarse como presentes.

Porque usted no se anda con *chiquitas*. Da el título de *escritores doctos, personas ilustradas* sólo á los que piensan como usted; los que discrepan son *gente indocta*, que no saben distinguir el acusativo del dativo, masa *ignorante* que no evita anfibologías ni entiende castellano. Ya, para lo que falta, debió convocar á los fieles y lanzarnos el *si alguno dijere LE en vez de LA en el dativo femenino, que sea condenado al anatema*.

Llevo al efecto consultadas unas treinta gramáticas y algunos diccionarios. Solo una, y hay la desgracia para usted de que sea algo extranjera, indica el *la* como exclusivo del dativo femenino; cuatro, entre ellas la Academia, admiten *le* ó *la*, declarándose por el primero; las demás adoptan el *le* únicamente.

La defensora de usted es de un don José Segundo Florez, basada en la que escribió en París el doctor Noboa y pone como ejemplos: *la es muy grato, la era gravoso*, cuyas locuciones serán muy claras, pero eufónicas... creo que no.

El insigne gramático señor Bello, la Academia, Clemencín y Jaramillo se declaran partidarios de una y otra forma. ¿Sabe usted por qué? Por haber escritores de nota (los Moratines), que emplean siempre *la* y otros

no menos notables (Calderón, Quevedo y algunos más quizá) que usan ambas desinencias.

Partidarios exclusivos del *le* son los señores Rementería, Salvá, Dávila, Salazar, Herrera Dávila y Alvear, Muñoz Alvarez, Ortiz del Casso, Antillano, Terradillo, Fernández Monje, Freire y Góngora, Modino, Díaz Rubio (el Misántropo), Sanchez Morales, Avendaño, Navarro Ledesma, Rodriguez Navas, el profundo Salleras y el inestimable Benot.

En cuanto á diccionarios, no hay que hablar de la Academia; es natural que sostenga las afirmaciones de su gramática. Valbuena, el autor de los mejores diccionarios para el latín, tampoco está conforme con usted. El Enciclopédico hispano-americano dice que en dativo y género femenino no debe emplearse la forma *la*, propia del acusativo, aunque lo hayan hecho escritores de nota. La misma teoría se sustenta en los de Fernández Cuesta, Salvá, Roque Barcia, Echeagaray y Benot; pero todos estos individuos ó entidades son *gente indocta* para usted y no debemos hacer caso de sus opiniones.

Entre los partidarios exclusivos del *le*, que usted condena, los hay muy respetables. Algunos son una verdadera gloria nacional.

¿No ha leído usted las gramáticas de Salvá, Fernández Monje, el Misántropo, Avendaño y R. Navas? Lo siento mucho. ¿Las ha leído y no le merecen respeto sus opiniones? Lo siento más todavía.

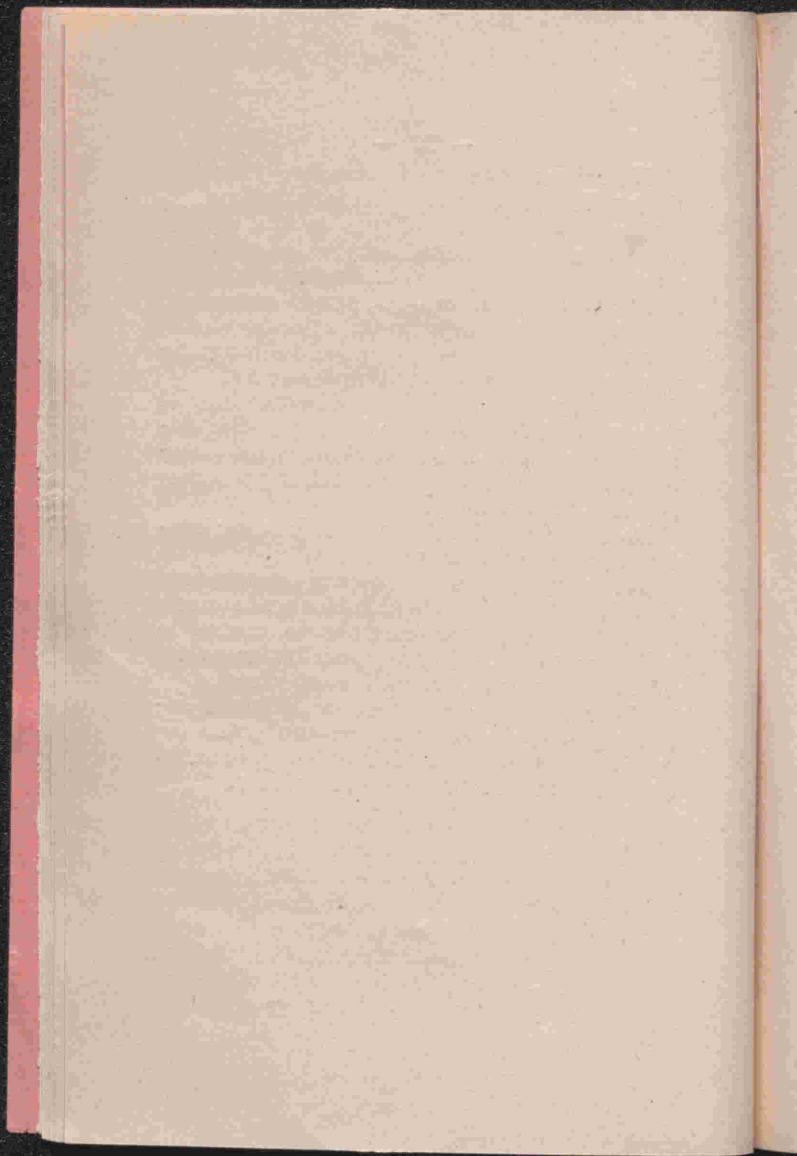
¿No conoce usted ni de nombre al señor Salleras? Pues es una verdadera lástima. Se pierde usted el conocimiento de una de las mejores gramáticas del mundo. De mí sé decir que en el estudio hecho de cuantas inglesas, francesas, latinas, etc., puedo examinar, ninguna hace un estudio tan atinado y concienzudo de las leyes generales del lenguaje y las especialísimas del idioma español.

Dicho gramático, después de establecer el uso exclusivo del *le*, dice: hubo grandes polémicas entre los *leistas* y *laistas*; pero el uso se ha pronunciado en favor del *le* y creemos ociosa toda discusión.

De don Eduardo Benot no hablemos; contentémonos con admirarle.

Si repartiera la mitad de sus conocimientos gramaticales, entre todos los académicos; si á usted y á mí nos diera por lo menos la milésima parte del resto, resultaríamos todos, usted mismo, gramáticos excelentes.

Prefiero, pues, colocarme junto á tan *indocta gente*, á seguir las presuntuosas órdenes y preceptos sin fundamento que usted dogmáticamente pretende establecer.





IV

LOS CLÁSICOS ESPAÑOLES

En el primero de los artículos que vengo combatiendo dice usted con pasmosa *sans façon*:

«Lo que falta es uno, uno solo (autor de nota) que no haya usado *la* y *las* en los dos »dativos femeninos.»

«Bueno: pues ahora, después de este mal »acuerdo de la Academia, los escritores doc- »tos y, en general, las personas ilustradas si- »guen escribiendo y diciendo *la* y *las* lo mis- »mo que antes, sin hacer caso de la Acade- »mia; pero la gente indocta...»

Usted debe pasarlo muy bien en verano, pues con esa *frescura* que tiene no le molestará el calor.

Porque, una de dos: ó no ha leído á los autores que voy á citar, ó no son de nota para usted. Si lo primero, debió tomarse el trabajo y tenerles la consideración de consultar-

los; si lo segundo, también en esto piensa usted al revés de casi todos los españoles.

Considerando yo, pues, *autores de nota* á los que voy á enumerar, he acudido á ellos y me han respondido que empleaban el *le* en femenino dativo sin temor á las excomuniones del señor Valbuena.

A muchos más habría interrogado, pero me parece suficiente. Es un trabajo pesadillo, pues como la mujer interviene poco en la vida pública, no abundan los femeninos tanto como los masculinos.

«No quiere esto decir que todos esos autores empleen siempre el *le*; algunos dicen *la* cuando se les antoja. ¡Vaya usted á poner vallas á los genios!»

Allá va mi lista. Si le parece corta, la haré mayor, porque basta hojear buenos escritos para encontrar en casi todos el *le* que usted combate.

«De la pasión.

Le ha dado algún accidente» (á doña Sol)
Lope de Vega. *La corona merecida.*

«Pues ¿tienen por feo en la mano un dedo más y pueden creer que tres dedos de enjundia sobre el rostro *les* es hermoso? (A las que se pintan.)»

Fr. Luis de León. *La perfecta casada.*

«Porque en el entretanto que él corre, no cierre la ostra sus puertas y él quede burlado, arrójale (á la ostra) antes que llegue una piedra.»

Fr. Luis de Granada. *Símbolo de la Fé.*

«Le quita á bofetadas

Las cadenas, los anillos.» (A una mujer)
Tirso de Molina. *El Condenado.*

«Metíala colgando de un cordel en la olla
para que le diese algún zumo.»

Quevedo. *El Dómine Cabra.*

«Bien puede la vuestra grandeza vivir de
hoy más segura sin que le pueda hacer mal.»

Cervantes. *El Quijote.*

«Quitárale á la fortuna

Carro en que triunfar pudiera.»

El Romancero *El Rey Rodrigo.*

«Oye, no temas, y á mi ninfa dile

Dile que muero.»

Estéban M. de Villegas *Oda.*

«Razonando con ella le decía...»

Garcilaso de la Vega.

«Una voz triste se oye que, llorando,

Cayó Itálica, dice; y lastimosa

Eco reclama *Itálica* en la hojosa

Selva que se le opondrá resonando...»

Rodrigo Caro y Rioja. *Ruinas de Itálica.*

«No faltan algunos que, sin negar definiti-
vamente la verdad de la Religión, no le es-
tán adheridos.»

Balmes.

De los indiferentes.

«Un general carlista que la vió á las dos
de la tarde, le escribió á las tres una carta
amorosa.»

Pérez Galdós.

Luchana.

«Porque en todo aquello que le estaba pa-
sando había tanta novedad y tan extraño
interés para ella...»

Pereda.

Sotileza.

«Acudió ella y entonces *le* habló.»

J. Octavio Picón.

La honrada.

«Mas, cuando afable la exhorto

A que elija uno de tantos

Que la quieren, la rapaza

Con notable desenfado

Me dice que para ahorcarse

No *le* gusta ningún árbol.»

Adelardo L. de Ayala.

Guerra á muerte.

«Por lo que toca á las letras, hay épocas en que la prensa española las ayuda mucho, *les* da casi, casi la poca vida que tienen »

Clarín.

Revista literaria.

«Padiera decirse que Melpómene, celosa de sus ocho hermanas, *les* ha asestado el puñal al corazón.»

Alarcón.

La Ristori.

«La generalidad de la gente, que se aburre ó bosteza con largas y serias lecturas y que gusta de que *le* propinen las ciencias y las letras en dosis infinitesimales....»

Valera.

Cartas.

«Ella se vuelve

A sus rendijas

En donde, hablando

Con sus vecinas,

Todo el suceso

Les participa.»

Iriarte.

Fábulas.

«Estos diálogos cortos iban exorados con una infinidad de miradas furtivas del marido para advertirle continuamente á su mujer alguna negligencia.»

Mariano J. de Larra.

El castellano viejo.

«Cuando todas las aspiraciones encuentren un cauce por donde correr, lejos de trastornar la sociedad, *le* darán todo lo que en sí tengan de justas, y de verdaderas y de grandes.»

Castelar.

La Libertad.

«¿Es la simple idea de Dios la que *le* (á la juventud) hace inclinar la frente y doblar la rodilla?»

Pí y Margall.

El Cristianismo y la Monarquía.

«Confundiendo á Dios con las fuerzas naturales, cuyo poder *le* (á la Humanidad) sobrecoge y maravilla.»

Salmerón.

Leyes de la Historia.

«Al entrar en la ciudad
Parando su yegua blanca,
Le dijo éste á una mujer
Que entre sus brazos lloraba...»

Zorrilla.

«Al pié de un árbol sentada
Pide por amor de Dios...
Y pasa uno... y pasan dos...
Mas ninguno *le* dá nada (A la madre).
La niña con triste acento,
—Pero ¿y nuestro pan?—decía.
—Ya llega—*le* respondía
La madre... ¡Y llegaba el viento!»

Campoamor.

La Nochebuena.

«Vas allá y *le* suplicas y *le* ruegas. (A la duquesa).»

Echegaray.

O locura ó santidad.

«Soy un borrico que no me he acordado ponerle puerta á la maldita jaula.»

Segovia.

Los aficionados.

¿Y á qué seguir? Los clásicos antiguos usaron *le* ó *la*, aunque más veces el primero; los modernos casi exclusivamente *le*, mal que pese á usted y á su reducida escuela.

Y como ya no hablamos como Quevedo, Cervantes, Mariana, Fray Luis de León y Fray Luis de Granada, debe hoy recomendarse el *le* y proscribir el *la*, aunque usted lo lleve á mal.



V

EL HABLA POPULAR

Sostenía yo en mis oposiciones una tesis algo extraña: El pueblo forma las lenguas y es el que sabe hablar bien; *los sabios* disparatan mucho.

No cabe duda que las libertades que el pueblo se ha ido tomando con metátesis, elipsis, unión de términos separados, cambio de sonidos por otros más fáciles, etc., etcétera, ha determinado la transición, aún no interrumpida, de las lenguas monosilábicas á aglutinativas y de éstas á las de flexión.

Pero hay más; el pueblo, como es un ignorante respecto á convencionalismos, se guía por el instinto; éste es una ley necesaria que

conduce al hombre en armonía con la naturaleza, con el medio ambiente; las leyes naturales son manifestación constante de la voluntad divina, de la suprema inteligencia; luego el pueblo va en asuntos lingüísticos de acuerdo con la sabiduría infinita, y es, por lo tanto, el que más se acerca á la verdad.

Los sabios olvidan muchas veces las leyes naturales, para establecer preceptos que están en desacuerdo con las mismas. No puede darse mayor desatino. A la corta ó á la larga se estrellan. Triunfa la razón, el pueblo. No podía ser de otra manera.

Es, pues, el pueblo una autoridad muy respetable en esto como en todo. Oigámosle.

Usted puede hacerlo con mucha facilidad. Madrid es un *pandemonium* de todas las provincias. Pregunte á los de cada una cómo dicen al hablar de una mujer, *¿le di la rosa ó la di la rosa?* Mejor todavía. Obsérvelos procurando que espontáneamente se decidan por una ú otra expresión.

Y si el pueblo español casi por completo se pronuncia contra usted, dese por vencido.

Como yo no podía llevarle á que juntos hiciéramos este ensayo y puede tenerse como habla popular la empleada en las gacetas de los periódicos, tanto por la precipitación con que se escriben como por otras razones que á usted no se ocultarán, he verificado algunos recortes de noticias publicadas en distintas provincias y alla van, por si to-

«¿avía necesitara usted más pruebas *del destino*.

«Muchas banderas que la tenue brisa rizaba dándoles nuevos cambiantes,»

Diario de Cádiz, 4 de Agosto de 1902.

«La comisión ha acordado, en vista de las deficiencias de la empresa, exigir de ésta el cumplimiento de lo estipulado imponiéndoleel maximun.»

El Liberal de Sevilla.

«A doña Tancreda le soltaron un becerrete y siempre que se arrimaba al animalito salía achuchada.»

Telegramas de El Liberal. Carabanchel.

«Compañías que así proceden pagando con religiosidad lo que la ley le ordena....»

La Crónica Meridional de Almería.

«Pero á la gente se le ocurre preguntar....»

El Demócrata, de Cádiz.

«La niña levantóse poco después y se entró en la casa á donde regresó la madre preguntando á su hermana por ella diciéndole ésta, que estaba por allí dentro »

La Unión Mercantil de Málaga.

«Reciben de las monjas como regalo una torta, que es la manera que tienen las religiosas de devolver la visita que se les ha hecho.»

Oviedo. Corresponsal del «Heraldo.»

«A las cuadrillas les entregaron dulces.»

Vitoria.

Corresponsal de la Correspondencia de España.

«Convencidas las gentes de que se *les* irrogan perjuicios.. »

El Liberal de Madrid.

«No había autoridades en la estación porque se *les* había prevenido que no salieran.»

Oviedo. Telegramas del «Imparcial.»

«Y es el caso, lectora desocupadísima, que llegó tal como hoy, y tal como mañana *les* había robado el corazón á las siguientes *dames et demoiselles.*»

Desde París.

A El Liberal de Sevilla

Hasta en la efeméride que arranco del almanaque, me encuentro la anecdotilla desmintiendo á usted. Véala:

«Una señora lleva un medallón al cuello el retrato de su marido, pendiente de una cadena.

«Al verlo, *le* dice una amiga:»

De un gracioso escritor satírico en ésta, también nos salen al encuentro los siguientes versos:

«El Krompritz alemán que es un barbián
Con su padre ha tenido un *tarantán*,
Porque el Krompritz, que es un chico llano
(y liso,

En Berlín *le* tenía puesto un piso,
A una chica preciosa como un cielo,
Capaz de marear á un Krompritz *d'hielo.*»

En fin; me falta tiempo y creo sobran razones para dejarle convencido. Celebraré mucho que así sea y... ya nos ocuparemos de los otros *les*, que han servido á usted para dar fuerza en apariencia á lo que carecía de ella, y á cuyo resultado llegó saliéndose casi por completo de la cuestión.



VI

DE LOS OTROS "LES"

A la Academia, porque recomendó el uso del *le* en dativo, culpa usted de que algunos empleen esa forma en el acusativo, lo cual, dice usted muy bien, es una barbaridad.

Estamos conformes en esto último; pero no en lo primero, ó sea en que un mandato ó consejo racional sea causa eficiente de disparates que tienen su origen en la cursilería y la ignorancia, viviendo en íntimo consorcio.

La ignorancia, por sí sola, no produce tan funestos resultados.

Ninguna criada, ningún mozo de cordel ó cargador del muelle dice *le ví* tratándose de una mujer. Queda eso para las señoritas cursis en materia de lenguaje, y á la vez

ignorantes de su propio idioma, que abandonaron los colegios de madres francesas ó irlandesas, habiendo olvidado el español sin aprender inglés ni francés.

En cuanto á las institutrices alemanas, me parece usted bastante injusto y quizá calumniador. Que quien adquirió tal título en su país y haya venido á España para enseñar, no conozca los preceptos de las gramáticas españolas respecto á la cuestión y confunda el dativo con el acusativo, me parece tan difícil como que usted entone el *mea culpa* á pesar de mis razonamientos.

Y ya sabe usted que todas las gramáticas españolas coinciden en sostener lo contrario de lo que usted pretende.

Por lo que se refiere á los académicos si Valera y Núñez de Arce pudieron decir *le* en acusativo; si no fué error de imprenta lo que usted busca con tanto empeño para imitar á la serpiente que quiso morder en la lima, dos cosas podría contestarle este ferviente admirador de ambos escritores.

La primera es que quien mejor legisló en cuanto al fondo y forma de las composiciones literarias, el insigne Horacio, nos dijo de una vez para siempre: *Pictoribus atque poetis quidlibet audendi semper fuit æqua potestas*. Los genios no se sujetan á moldes estrechos y triviales. Gozan de una libertad que no podemos tomarnos las medianías.

Supongamos, empero, que eso fuera un defecto mayúsculo del lenguaje. ¿No se va á dispensar este descuido, genialidad ó capri-

cho á quienes de tal modo enriquecieron la literatura castellana?

Quedamos, pues, en que ahora casi todos los españoles decimos *le* en el dativo femenino; que de ello no resultan frases anfibológicas, ganando en cambio muchísimo la eufonía del lenguaje; que de ese modo seguimos consciente ó inconscientemente las leyes de nuestro idioma, y que pretender lo contrario es enorme desatino.

Dicen malas lenguas que la guerra implacable hecha por usted á la Academia reconoce como causa principal el no haberse dignado aquellos señores hacerle académico.

Si mi súplica pudiera ser oída é influir en su ánimo, no lo sería usted nunca.

En la Academia de la Lengua, hay dos clases de académicos; excelentes gramáticos capaces de formar el mejor código del buen decir que exista en el mundo y personas que, teniendo una gran cultura, no se han ocupado jamás de estas cuestiones.

Gayarre y la Patti cantaron perfectísimamente y sabían por qué cantaban; el pueblo tiene muy buenos cantores ó *cantaores*, como dicen por aquí, que no conocen las notas ni tienen la menor idea de la teoría musical.

Los primeros pudieran ser maestros; los segundos, admirables discípulos. Todos son materia dispuesta.

Pero llevad á esa reunión un sordo; más todavía, uno que no quiere oír. ¿Qué papel hará? El de estorbo únicamente. Todos se amoldarán menos él. No servirá más que

para hacer perder tiempo. Y *the time is money*.

Aplíquese usted el símil.

Los buenos, superiores, excelentísimos gramáticos, de los que uno solo basta para llenar cumplidamente la corporación, presentarán algún día un cuerpo de doctrina; los otros, hombres de talento, que si bien nunca dedicaron su atención á estos asuntos, tienen verdaderas aptitudes, verán claro enseguida y prestarán su asentimiento; y entre todos harán mucho bueno.

Usted no serviría más que para entorpecer. Sería el sordo que no quiere ó no puede oír por prejuicios indestructibles ó imperfección de los órganos sensorios; el ciego que pretende ver y no ve nada, ó el casi ciego que todo lo ve al revés. No conviene de ningún modo.

Estudie, pues, mucho; no sea tan procaz y tenga cuidado de no hablar como pontífice respecto á cuestiones que no entiende bien.

